

Mujeres y letras.

El imaginario erótico femenino. El sexo nuestro de cada día.

Por Pilar Lomelín

La erótica femenina para preservarse, ha tenido que agazaparse con astucia y estrategias de camuflaje. En un mundo patriarcal, dicha erótica, no es solo desconocida, sino también perseguida y vituperada. Uno de los refugios que se han utilizado son las danzas y ceremonias asociadas con la Pacha Mama, la Diosa Blanca, la Gaia, la Madre Tierra, entre muchas otras. Y otro de los escondites privilegiados han sido las letras.

Desde el mito del andrógino de Platón, descrito en el Banquete, se nos explica que eran tres y no dos géneros. El andrógino, se conformaba de lo femenino y de lo masculino, contaba con dos sexos, cuatro brazos, cuatro piernas y su forma era más bien circular, entre sus costados y su espalda se formaba una esfera. El dilema empezó cuando los seres humanos decidieron darle más importancia a la racionalidad y dejaron de lado la ritualidad. En castigo los Dioses, decidieron separar al andrógino y a partir de ahí, empezó la tragedia que nos llevó a sentirnos opuestos, contrarios y con una profunda soledad. Condenados a buscar eternamente “a la media naranja”, la otra amada, la otra parte perdida del otro. El andrógino lejos de ser un monstruo, es un ser capaz de encontrar y experimentar el placer y el gozo de muy diversas formas. Lo que sucedía por infinitas prácticas, que tenían múltiples opciones. Similar a lo que hoy conocemos con el nombre de LGBTTTIAP+, curioso antecedente.

Los caminos se fueron separando cada vez más, la ausencia de aquel o aquella, exigió conservar lo que cada cual sabía. Los masculinos, tenían un sentido del afuera, mientras que las femeninas tenían un sentido del adentro. Así los masculinos desarrollaron una erótica especialmente con el roce, el contacto,

la vista, la imagen, las formas geométricas; mientras que las femeninas aprendieron a ungir el interior, a guiarse por el olor, a palpar las texturas, a saborear las plantas y los frutos para encontrarles sus máximos regalos y poderes. Y a hacer mapas de los territorios.

Las mujeres y los hombres de aquel andrógino roto, se abrazaban continuamente de manera neurótica, sin poder recordar lo que en verdad les unía. Aun, en sus prolongados abrazos cabía la sensación de vacío y fragmentación. Vivieron escindidos, los unos con ciertas tareas. Las otras con otras tantas, ligadas al cultivo, a crear, a criar, a reproducir lo esencial de la vida, los nutrientes. Asunto que les permitió desarrollar al máximo los sentidos, lo sensorial, la previsión, la adivinación, la magia; aquella magia que evoluciona por el contacto de la piel, los baños colectivos plagados de aromas de plantas salvajes y silvestres. De los cantos mientras se cocina y se lava la ropa en el río; mientras se viaja en carretas, contando historias para mantener por tradición oral saberes relacionados con la medicina, la nutrición, los sueños y la sexualidad sagrada.

La filósofa María Zambrano, explica que eran tan diversos los conocimientos de aquellas mujeres, que recordaban lo necesario para explorar y exaltar al máximo los placeres del cuerpo. Por otro lado, podemos pensar que tantos intentos de encontrar a la mitad perdida nos fue llevando a un caos de confusiones; lo que tuvo como consecuencia querer homologarse y olvidar su multiplicidad, lo que les causó una gran negación de ser y ansias de huir de sus deseos, hasta quedarse paralizadas.

Los hombres dentro de sus múltiples tareas, tenían como afán vencer a los Dioses que les habían castigado. Al darse cuenta de lo inútil de sus esfuerzos y entender que estaban vencidos, decidieron someter a las mujeres. Y es ahí cuando las mujeres desarrollan sus erotismos clandestinamente. En la armonía del orden del espacio que se habita; continúan con su

conocida fuerza de preservar la vida sin alardes, desarrollan su intuición para buscar la supervivencia de la consciencia. Sin embargo, la lucha de los hombres en su contra, fue llevando a algunas mujeres a olvidar lo esencial. Así surgieron algunas Heras competitivas y celosas por un Zeus lujurioso. Afroditas buscando el amor, Cirses dueñas de la hechicería. Casandras de dones proféticos. Ateneas guerreras. Medeas matricidas, enloquecidas por desamor y abandono. Guadalupanas consagradas a la maternidad y a la búsqueda incesante de la familia extraviada.

Y junto a ellas existen Antígonas que desafían la ley y a los tiranos. También existen Isis, conocedoras del poder femenino a través de su energía sexual. Nyxes que son el impulso creador de la luz y la sombra. Liliths la pasión de la noche, seductora de los durmientes, la que prefiere la transgresión antes que el vasallaje. Evas que a pesar de todo se atreven a ofrecer el fruto de la sabiduría, incitar al pecado que no es otra cosa que el viaje místico del eros, la cúspide del placer que permite reconocer al otro. Demeteres maestras de la cosecha. Perséfontes expertas en el misterio de la muerte que sabe retornar a la vida por medio del placer. Y qué decir de las Gorgonas de luz y oscuridad, sensuales, ninfas, vírgenes, madres, amantes o quimeras. Safos dueñas y señoras oriundas de Lesbos, capaces de experimentarlo todo para poder encontrarse a sí mismas. Las atletas del Olimpo, conocedoras de profusos placeres del cuerpo flexible y musculoso.

Santa Teresa de Jesús y sus recuentos místicos que no son otra cosa que la gran capacidad erótica y orgásmica de repetir rezos que la consagraban a sí misma. Hipatia de Alejandría que como Sor Juana vivían un continuo romance lubrico con las ciencias. Scharasad quien cultivaba el don de la palabra por su simple placer de adormecer y curar a aquel Barba Azul, con sus dulces historias. Isolda que lleva el morral con las letras de las

palabras que provocan delirantes resultados de placer a Tristán y a quienes las escuchan, justo cuando surge la escritura.

Virginia Woolf, quien crea su habitación propia para mantenerse a salvo de la observación y el asecho masculino y patriarcal. Simone de Beauvoir existencialista a ultranza por necesidad de supervivencia feminista. Isadora Duncan capaz de incendiar las lomas de los cerros griegos en orgásmica danza. María Izquierdo con su sonrisa mestiza y absolutamente digna. O la Malinche poliglota conocedora de los placeres de la lengua. Y hasta Pinkola Estès, Xaviera Hollander, Chabela Vargas, Remedios Varo, Frida, Anais Nin, Marcela Lagarde, Marcela Serrano y miles más, anónimas y conocidas en los recientes encuentros de poesía denominados: Nombrando al cuerpo. Poesía erótica escrita por mujeres, por mencionar algunos. Mujer escribir cambia tu vida y tantos más.

En resumen, el imaginario erótico femenino es muy basto, se compone de danzas, de cantos, de risas escandalosas, de sueños y ocio, de descanso, de baños larguísimos solas o en compañía, de perfumes, de narraciones que conservan saberes de boca en boca, de deliciosos olores en la cocina. Las letras han sido uno de los vehículos cifrados de preservación de los sentidos y sentires, de las sensaciones y convulsiones rítmicas del cuerpo, de húmedas cavernas y aterciopelados pliegues, de mástiles pequeños que terminan inconscientes de gozo, de miradas que se saben perder en el oleaje y en el firmamento de una noche de plenilunio. Pero también han sido voces que han mostrado un nuevo mapa de preservación, de crítica, de teoría feminista, de historia, de filosofía, de pautas musicales convertidas en sinfonía.

Nota: Recordar la película de Pillow Book, entre muchas otras.